

EL ZURRIAGO



VAPULEA LOS DOMINGOS

Zurraré á los majaderos
que explotan á los obreros.

Lo mismo que á los farsantes
y á los sabios ambulantes.

Pero suplico á *El Progreso*
que no se asuste por eso.

Pues guardo lo principal
para *La Aurora Social*.

No imitaré, vive Dios
á ninguno de esos dos.

Pienso decir la verdad
á toda la humanidad.

Mas sin mentir ni injuriar
ni á la decencia faltar

Y quien así no lo crea
¡buen arreglo! que me lea

AÑO II | PRECIOS DE SUSCRIPCION.

Un año. 3,00 pesetas
Un semestre . . . 1,50 »

ANUNCIOS Y COMUNICADOS

Precios convencionales. La co-
rrespondencia al Administrador.

NUM 75



LEON XIII

EL PAPA DE LOS OBREROS

HA MUERTO Á LAS 4 DE LA TARDE DEL DÍA 20 DE JULIO DE 1903.

R. I. P.



LEGÓ al fin de su partida
Con el aliento del fuerte;
Ya ta segur de la muerte
Cortó el hilo de su vida;
La humanidad dolorida
Teme y gime, espera y ora,
El pueblo en el templo implora,
Y en tan lúgubre momento
Parece que el firmamento,
En señal de luto, llora.

¡El Papa ha muerto! se oyó
Que sollozaba la gente,
Y hasta el eco tristemente
Va repitiendo:—¡murió!
En él el mundo perdió
Lo más grande que encerraba,
Pues cuando León hablaba,
Ante su juicio profundo
Su frente humillaba el mundo,
Y ante él el mundo temblaba.

Era un coloso: á su acento
Las enemigas naciones
Juntaban sus corazones,
Y unían su pensamiento
Era un poeta: su aliento
A lo supremo llegaba,
Y cuando dulce cantaba
De la Virgen ta memoria,
Era un eco de la gloria
Lo que su lira vibraba.

Su corazón solamente
Amor hermoso sentía
Y de él el amor fluía
Como de abundante fuente.
Siempre el obrero indigente
Sus ojos vió placenteros
Y por velar por sus fueros
Tanto y tanto trabajaba
Que el mundo ya le llamaba
EL PAPA DE LOS OBREROS.

Era un gran padre: su amor
Era amor tan verdadero,
Que el doctor del mundo entero
Pasaba á ser su doctor.
Era un gran sabio: el fulgor
De su clara inteligencia,
En alas de su sapiencia
Penetraba los arcanos,
Y en sus vuelos sobrehumanos
Pasmaba á ta misma ciencia.

El todo lo conocía,
El todo lo descifraba,
El tos misterios miraba
Y en los misterios leía;
Era un ángel que vivía
Por nuestro bien en el suelo
Y cuando al cabo su anhelo
Le apartó de la materia,
Perdió nuestra miseria,
Dejónos y marchó al cielo.

Pravia 26 de Julio de 1903

LA CUESTIÓN SOCIAL

CARTAS A UN OBRERO

—:—:—
LXXII

Mi querido X: A mediados del año 1840, y no creas que va de cuento, sino de simple historia, publicóse en París la primera *Memoria* de Proudhon, que, como la segunda sobre el mismo asunto, llevaba este título: *¿Qué es la propiedad?*

El autor no se audaba con tapujos sino que ya en la primera página respondía con la mayor claridad, en términos escuetos: *la propiedad es el robo*. Después se ha modificado la frase que comúnmente se convirtió en esta otra: la propiedad es *un* robo; pero Proudhon no dijo eso, sino que es *el* robo.

Hoy, si por primera vez se hiciera entre nosotros, quiero decir en todo el mundo civilizado, una afirmación semejante, tan radical y disparatada como la del famoso revolucionario francés, ya no sorprendería cosa mayor, pues la costumbre hace mucho en esto como en todo, y estamos demasiado acostumbrados á oír los más bárbaros disparates, para que uno más, por grande que sea, pueda asombrarnos. En este punto el *progreso* es una cosa á todas luces innegable. ¡Cualquiera se asusta en nuestros tiempos por escuchar una frase absurda cuando diariamente hemos varias en los periódicos con que alimentamos la pobre inteligencia!

Indudablemente hoy la frase de Proudhon sería... una frase más: pero entonces, cuando se pronunció por vez primera de una manera tan rotunda y con pretensiones de servir de fundamento á una nueva organización social, el efecto producido tuvo que ser terrible. El autor aludido pensionado por la Academia de Besançon, en cumplimiento de su deber de escribir todos los años una Memoria referente á los estudios que estuviera haciendo, escribió la citada sobre la propiedad, que dedicó á dicha Academia. Esta desautorizó al pensionado y protestó enérgicamente contra las ideas antisociales de Proudhon. La frase copiada, *la propiedad es el robo*, causó en todas partes la misma impresión que en la referida Academia y todos se hacían cruces al ver que tamaños disparates se defendieran por una cabeza medianamente sentada, conviniéndose generalmente en que el autor estaba loco. No sólo en

Francia, sino también en otras naciones se comentó muchísimo la afirmación del terrible revolucionario, y no faltó quien en una afeitada alemana comentase delante del humilde párroco la tesis peregrina del agitador francés. El sacerdote ese, que era entonces muy joven, oyó cariñosamente á su amigo y cuando éste esperaba oír de sus labios expresiones de reprobación absoluta, semejantes á las que él acababa de pronunciar, oyó con sorpresa que el oscuro y humilde párroco de aldea le respondía:

—Pues, amigo mío, yo creo que hay de todo en la afirmación de que «la propiedad es el robo.»

Quedóse el otro viendo visiones, al notar que el joven sacerdote no condenaba en absoluto, radicalmente, lo afirmado por Proudhon, como de la manera más radical lo condenaban todos los amantes del orden y del bienestar sociales con quienes había hablado sobre este asunto. ¡Que había de todo en la tesis del demagogo francés! ¡Luego según aquel sacerdote no era del todo inexacta, brutal y absurda.

El joven párroco replicó á su amigo poco más ó menos:

—No se puede decir en absoluto y sin más explicaciones que la propiedad es el robo, pues la propiedad es un derecho natural, y necesario es que los hombres han de vivir como hoy vivimos, en sociedad, y no vagando como las bestias por los montes. Pero si nos referimos á la propiedad, no como debiera entenderse, sino tal como de hecho se entiende, según los principios liberales de la Revolución francesa; si se habla de la propiedad que definen y protegen casi todos los códigos de Europa, entonces bien podemos afirmar que si no es el robo, tiene mucho de robo.

El joven párroco de la aldea alemana, que de ese modo se explicaba, comentando con tanta sangre fría la frase demoleadora de Proudhon, cuando todo el mundo se escandalizaba de ella sin distinguimiento alguno, era el presbítero Ketteler, más tarde Obispo de Maguncia y apóstol infatigable de la democracia cristiana. A él se debe en casi su totalidad la brillantísima organización social de los católicos alemanes, que vencen en toda línea á los socialistas precisamente allí donde éstos tienen más fuerza y se hallan mejor organizados que en ninguna parte.

Y el prudente párroco de aldea estaba muy en lo cierto.

Tuyo

UN AMANTE DE LOS OBREROS

FÁBULA TEMPESTUOSA

XIX

A todos y á ninguno..... etc.

Atravesó una vez un pobre zorro
Un hueso en la garganta,
Y, para dar salida al importuno,
Torcióse y bramaba.
En vano todo: el triste,
Víctima de sus ansias,
Después de dar mil saltos y mil vueltas,
Después de hacer quinientas pataratas,
Rabioso (como Isa)
Perdida la esperanza,
Y reclamando á gritos el consuelo
De una muerte temprana,
Tendióse en el camino,
Según el viejo Esopo lo relata,
Para esperar, conforme y resignado,
El golpe de la Parca.
Mas he que quiso en esto su fortuna
Que por allí pasara
La señora cigüeña
Que iba á cobrar dos cuotas á una casa
Y, al verla, el pobre zorro
Cobrando aliento y fuerza y esperanza,
Prometiéndole la haría,
Por un favor tan grande, millonaria,
La suplicó galante
Que el hueso le sacara.
Llegó la buena chica
A donde el triste zorro se encontraba;
Metió su largo pico
En la temible boca del pirata;
Cogió con él el hueso,
Como si fuera el pico una tenaza,
Y tirando, tirando,
Logró sacar, al fin, de la garganta
Del marrullero zorro
El importuno aquel que le mataba.
Después de haber la moza concluído
Operación tan hábil y arriesgada
Recordando al paciente
Con el mayor respeto, sus palabras,
Riéndose y poniendo,
Como al cobrar Vigil, cara de pascua,
En premio á su servicio
Pidió al zorro la paga.
¡Oh Dios, qué hocico puso!
¡Cómo temblaron de furor sus patas!
Por poco la destroza,
Por poco allí la mata.
—¡Vete, le dice, vete y no me insultes!
¡No me insultes, ingrata!
Después de haber dejado impunemente
Que tu cabeza incauta,
Tentando mi apetito
En esta misma boca penetrara,
¿Pides aún el premio?
¿Exiges aún la paga?
¡Vete de aquí cigüeña, y no me insultes!
¡No me insultes, ingrata!

*Tú que metiendo cuotas y más cuotas
A Vigil por la cara,
Tentando su paciencia,
Estás cada semana,
Aplicate este cuento
Que el jorobado Esopo te regala
Y ve que cuando pidas
Cansado ya, la paga.
El leader audaz contestar áte
Como el famoso zorro de la fábula,
Que ya te ha dado pago
Permitiendo que entraran
Impunemente tus queridas cuotas
En su augusta garganta.*

CICLÓN

NOCEDAL Y MELQUIADES

Como ya saben nuestros lectores, el Sr. Alvarez pronunció hace tres semanas su oración en el Parlamento, ó mejor dicho, soltó el discurso que tenía embotellado, y quedó más fresco que una lechuga, y se creyó más valiente que el Cid.

Pero olió, por lo visto, que le

iban á poner las peras á cuarto, y diciendo *ahí queda eso*, se vino para Asturias sin esperar á que Nocedal le calentase las posaderas.

Este Melquiades que cuando sabe que no han de interrumpirle desafia hasta á los elementos, el que reta á todo el mundo con el arrojo del Caballero de la Mancha, cuando sabe que no hay moros en la costa, no ha tenido el valor de esperar á pie firme las embestidas de Nocedal.

Y Nocedales un *neo*, un *retrógrado*, un *oscurantista*, y ¡ni siquiera es catedrático de Universidad!

¿No era Melquiades el que hace poco retaba á todos los ultramontanos? ¿Por qué no esperó la réplica de Nocedal y hundió en el polvo al diputado católico?

Unacosa es soltar frases huecas, y otra cosa es discutir; y si á esto se añade que Melquiades no está convencido de lo que dice, que se desdice hoy de lo que ayer afirmaba, como se demostró en el último número de EL ZURRIAGO, se vencerán todos de que Melquiades estuvo oportunísimo al sacudir el polvo del Parlamento ante la actitud del Sr. Nocedal.

Porque es indudable que Nocedal dijo el otro día á Melquiades cosas capaces de volver á revés la cara más dura.

Pero ¿qué?... ¿no saben los lectores de EL ZURRIAGO lo que Nocedal endilgó al diputado republicano?

¿Ignoran quizá las comparaciones con que supo poner de relieve la figura cómica del Sr. Alvarez?

Pues lean: «Después de estos gritos lastimeros, cambiando de tono y de postura, como si otro fuera quien agraviase á la enseñanza oficial, y él no lo pudiera sufrir, con gallarda arrogancia y voz sonora, y en su calidad y representación de catedrático oficial se puso á retar á la enseñanza religiosa. No pude menos de recordar á D. Quijote desafiando al cielo y á la tierra debajo de las estacas de los mercaderes toledanos; y más aún todavía al portugués, que desde el fondo del pozo clamaba arrogantemente: Castellano, si me sacas de aquí te perdono la vida.»

¿No es verdad que este parrafito de Nocedal dirigido á Melquiades no tiene desperdicio? Y el pobre Melquiades ha tenido que callar y aguantarse al verse confundido con D. Quijote, el caballero de la triste figura.

Hubiésemos gozado al ver á Melquiades discutiendo barba á barba con Nocedal; pero no es tan tonto Melquiades que no llegue á comprender que sale pulverizado de las manos del diputado católico. Por eso huyó, aunque es propio de cobardes huir después de lanzar el reto.

El Sr. Alvarez había retado á la enseñanza religiosa con la bravura de D. Quijote cuando retaba al cielo y á la tierra; pero apenas baja al campo un defensor valien-

te de esa enseñanza religiosa, se esconde Melquiades con la cobardía de un Sánchez Panza.

Eso es inconcebible, Sr. Alvarez; eso ríe abiertamente con las convicciones de un hombre; eso no es propio de valientes y nosotros los zurriaguistas invitamos á que canten todos á Melquiades aquellos versos conocidísimos:

Los muertos que vos matais
Gozan de buena salud.

Fué tal el aprieto en que se vió Melquiades, al saber que Nocedal le iba á poner de oro y azul, que no esperó siquiera la votación del Mensaje.

Vino el pobre para Asturias como alma que lleva el diablo.

Un consejo, Sr. Alvarez: reprímase usted un poco y no suelte bravatas sin fuerzas para defender sus ideales.

¡Ay, ay, ay, Manolé

Habéis visto, lectores pacientísimos, y con sus mismas palabras, (pues yo no hago lo que Vigil, copio las mismas palabras del adversario, cito sus mentiras y sus disparates y demuestro que son disparates y mentiras) habéis visto, digo, cómo el fracasado leader de los socialistas asturianos, después de llamarme embustero de diez ó doce maneras, quiere demostrar que digo mentiras, y sólo se le ocurre quejarse de que lo combató á él!

Pero ¿es que hay en eso alguna mentira?

¿Es que Vigil es infalible?

¿Es que no se puede combatir al leaderuco sin faltar al octavo Mandamiento?

Bien, pues el hombre se queda muy satisfecho con lo que copiado y examinado queda, y como si hubiera descubierto con ello algún Mediterráneo, como si me hubiera aniquilado con razonamientos contundentes, con citas aplastantes, citándome mentiras espantosas va y dice lo siguiente:

«Pues bien, á pesar de llevar tal periódico (*servidor, pero no capearán, aunque el zoquetillo de Manolillo se empeña en colgarme sotana*) quince meses insultando á nuestro compañero (*á Vigil*) y á otros de aquí y de otros pueblos (*pues entonces ¿por qué te citas antes á ti solo, majadero?*) aun no le contestamos ni una vez.»

Vamos por partes.

Dices, Manolillo, que llevo quince meses *insultándote*, y eso no es verdad.

Yo no insulto á nadie.

Yo no hago más que poner en evidencia á los tontos.

Y desenmascarar á los sabios de cartón piedra.

Y demostrar que ciertos periodistas dicen muchas mentiras y muchos disparates.

Y convencer á los obreros de que

no deben fiarse de ciertos *redentores*.

Y predicar la guerra contra los embaucadores.

Etc., etc., etc.

¿Es eso insultar?

No; eso es defender la verdad y la justicia.

¿Que con ese proceder mío ciertos entes pierden todo el prestigio de que injustamente gozaban?

Pues á eso tiendo.

Y la historia y la humanidad me declararán por ello digno de alabanza.

¡Ah, señores!

Hablo casi tan ridículamente como mi amigo Albornoz, el camineiro.

Añade Vigil que ni una vez ha contestado á mis vapuleos.

Según y conforme.

No me contestas directamente, resolviendo mis razonamientos, demostrando que las mentiras y disparates que te cojo no son tales mentiras ni tales disparates, concedo.

¿Cómo has de hacer tú eso si te dejo siempre atado codo con codo?

No me contestas indirectamente, demostrando que te preocupan mucho mis zurriagazos, lo niego.

Pero, criatura, si soy tu pesadilla, y casi todas las semana me aludes en tu *rotativo* llamándome, con desprecio de coloso, «papelin de Pravia».

¿Que no me contestas!

Porque no puedes, porque si te pones á discutir conmigo conclusiones para siempre.

Por eso no admites mi desafío por eso no respondes nada cuando te digo que mientes en tal asunto, que metiste la pata en tal otro, que eres un alcornoque desde les pies á la cabeza.

Pero no vengas con que no quieres contestar, con que me desprecias, porque eso ya es el apogeo del ridículo.

Y continúa Vigilete.

«Y los compañeros contra quienes tantas infamias publicó el semanario católico, no por eso (*¿por cual?*) son menos apreciados de los trabajadores.»

Adviértase ante todo que Vigil llama infamia á que se pongan de manifiesto los gatuperios, las mentiras, los disparates, de ciertos individuos...

Manolillo no da á nada el nombre propio.

Y advertido eso... neguemos que los compañeros *zurriagueados* por mí continúen mereciendo como antes el aprecio de los trabajadores.

Vigil sabe sobradamente que eso es mentira.

Mia tú que decir que entre los obreros asturianos son hoy tan apreciados como antes de venir yo al mundo, Vigil, Trocas, Estévez, Posada, etc.

Tiene la mar de gracia.

Pero si por todas partes abundan los obreros desengañados por mí!

Y ¿quién sabe eso mejor que tú, Vigil?

¿No te basta fijarte en los feos que en estos quince meses (hoy ya pasan) te van dando los obreros, en la disminución de las cuotas y de las suscripciones á *La Aurora*?

Y eso precisamente porque no digo infamias contra vosotros

Sino porque os digo las verdades, os desenmascaro, os pongo de manifiesto ante los trabajadores y les digo.

—Ahí están vuestros *redentores*

Y los trabajadores se rien...

Y no hacen caso de vosotros...

POR NOREÑA

III

A otro vocal, tan pulido
Que entre otras mil expresiones,
Tacos llama á los tacones
Y á Vigilete *anhidrido*,
Antes de ayer en la Junta,
Hame mandado un *cubano*,
Cuando le encuentre á la mano,
Espetarle esta pregunta:
Como á mal no llevará,
Esta confianza mía,
Los platos del otro día
¿Hánselos pagado ya?

Ante todo, voy á permitirme hacer una observación.

Los noreñenses sensatos, que, en obsequio á la verdad y á la justicia sea dicho, son el mayor número, protestan de la campaña que en el ZURRIAGO se viene haciendo contra los republicanos de Noreña, bajo el pretexto de que se desprestigia al pueblo, pagando justos por pecadores. Nosotros no pensamos de la misma manera, y quizá si tuviéramos la honra de ser contados entre los hijos de ese pueblo, seríamos del mismo parecer, que los arriba aludidos; pero esto mismo prueba que semejante objeción es efecto de un amor á la *tierruca* muy mal entendido y no de lo que dicta la fría y recta razón.

Sin embargo para que vean los noreñenses, á quienes estimamos en cuanto valen, que apreciamos sus observaciones y que sabemos condescender, como suele decirse, vamos hoy á exponer clara y sencillamente á los lectores y á la provincia entera lo que es la «Petite République», lo que hay acerca de esa *Asociación benévola, que se levanta de su tumba con nuevos bríos llamada por inescrutables destinos á inmortalizar al pueblo de Noreña*; de esa agrupación, en cuyos miembros brilla la llama del genio y que pasará á la historia ostentando en sus manos la palma de la victoria (si vence), de esa institución, en fin, que desuncirá á los simpáticos noreñenses del ignominioso carro de la ignorancia, y les hará entrar en el inmenso alcázar de la ciencia y del progreso, elevándoles al pináculo de la grandeza y del poderío.

Miembros ilustres de la *petite republicque*, estas alabanzas no son hijas ni de la educación ni de la lisonja, son efecto de la admiración y santa envidia que os tengo.

—Pero acaba,—si se puede,

¿que sucede? —lo dirás.

—Despacito y buena letra.

Ustedes de seguro creen que en Noreña son todos unos republicanos de tomo y lomo, que allí hasta las patatas que hay en la *Requixá* son republicanas. ¿Cuántos les parece á ustedes que son los republicanos de Noreña? Pues son...son... diez y seis. ¿Y quiénes? Eso es preguntar mucho y el que quiera saber que vaya á Salamanca, que en este caso es Noreña. Esto no embargante, puedo anticiparles la consoladora noticia de que algunos de ellos non saben *presinase*.

Siendo, pues, Noreña según el Diccionario Universal de Serrano una villa que en 1872 tenía 1.682 habitantes, y hoy tendrá de seguro más, ya verá el lector que el pretexto, que alegan los que protestan está destituido de toda razón, pues, como dice el adagio, «nunca por un garbanzo se descompuso una olla.» No teman por consiguiente los sensatos noreñenses.

Hechas estas observaciones, que estimamos de justicia, vamos á continuar nuestra tarea.

Diálogo cogido al vuelo.

La escena se desarrolla en «el Especiero,» ameno y delicioso paraíso, perfumado por embriagador aroma. Dos vocales, después de sus *quehaceres comunes á entrambos*, se dirigen la palabra:

A.—¿Qué te parece del discurso de nuestro Melquiades?

B.—No me parece digno de él.

A.—Tú dirás.

B.—Cae en contradicciones palmarias.

A.—¿Pero en dónde ves tú contradicciones; qué entiendes tú?

A.—Pues, chico, *efectivamente, que algo, si entiendo, es de política.*

A.—Pero que vas á entender tú, *pelagatos, pelegrín*, si no sirves para nada; es el colmo declararse enemigo de las ideas de Melquiades, nuestro incomparable tribuno.

A.—Pero también á Melquiades le apodan tribuno?

Pues, chico, ¿quién como tú?

Yo no pude resistir más, ellos allí se quedaron comentando el discurso «de nuestro Pontífice» como decía otro vocal.

Pero en qué pensáis, vocales y presidentes; os encontráis sin local para vuestras reuniones, no se os ocurre nada; vais á tener *sermón* de Albornoz y de Otero y vosotros tan impávidos. A la *Crucía*, que fué vuestro primer punto de reunión no conviene que llevéis á esos predicadores, porque podéis tener un disgusto con el amo de la finca; al Espinero tampoco, porque huele mucho y no á rosas. Lo que debéis hacer es alquilar el Torrejón de Argüeyes.»

Es el gran punto extratéjico.

Pero esto ya va largo, así es que lo dejamos para otro día.

La Carrera Julio 18 de 1903

CÁNDIDO

(CUENTO)

UNA VEZ...

Yo ni sé si lo he soñado, ni sé si lo he leído. Ello es que me viene de perlas para llenar tres cuartillas, y, resulte lo que quiera, allí va.

D. Homobono Revoltijo era un infeliz en toda la extensión de la palabra. Más amigo del orden y la moralidad que él, no habrá nadie; pero cádate que por lo mismo que tanto amaba el orden, él deseaba que todos fueran ricos; él no lo era mucho, es cierto, pero tenía lo suficiente para pasarlo bien. Mas como no se contentaba con ser el feliz tan solo, sino que le parecía que sus ideas del orden incluían también la felicidad de los demás, el buen viejo trabajaba y tanto trabajó que, después de haberse afiliado al Socialismo, por fin... logró llegar al término de sus deseos.

Porque sí, señor: créanlo ustedes ó no lo crean, ello fué. Como se valió para conseguirlo, lo ignora, pero el caso es que lo consiguió.

¡Todos ricos! El suceso fué el acabós. Los pobres millonarios viéronse en la necesidad de repartir lo que les sobraba, y de este asombroso modo, los infelices que primero no tenían un solo ochavo, ascendieron á la categoría de señores.

Claro es que D. Homobono no cabía en sí de alegría. Y, como á lo que el tenía se agregó lo que le dieron, para mejorar su suerte y asegurar su fortuna decidió hacer un casa.

Porque es también de advertir que el señor de Revoltijo tenía familia: una esposa que valía un dineral, y una hija, que valía dos dinerales.

Pues señor, que para hacer la casa supradicha, fué necesario ir á comprar el terreno. Y como el lugar donde pensaba edificarla estaba lejos, fué necesario también alquilar un coche. Y allá se fué mi señor D. Homobono en busca de uno que le llevara.

Pero....

Pero ¿qué demonios tendrían los cocheros que no parecían por ninguna parte? Busca arriba, busca abajo, y ¡nada! ¡ni uno siquiera!

Por fin supo el buen señor que los gallardos aurigas habían abandonado el oficio. ¡Claro! una vez ricos ¿para qué diantre habían de sufrir las chifladuras de vejetes y galanes?

El buen Homobono no tuvo más remedio que conformarse y hacer el viaje á pie. Cuando llegó allá, sudaba de una manera fenomenal.

El señor propietario le recibió admirablemente. Era un hombre muy amable; pero en cuanto el bueno de Revoltijo le propuso el contrato ¡qui! ¿Para qué quería dinero? ¿No tenía ya bastante con lo que le había tocado en el reparto? Aquel terreno le quería él para sí, y no hubo manera de hacerse lo vender.

Pues señor, que Revoltijo empieza á sulfurarse. El no había contado con aquello; pero como si no hacía trato allí en otra parte lo haría, lo que hizo para ganar tiempo fué buscar trajados es.

¡Que si quieres! ¡ni uno!

¡Buenos eran ellos para sufrir á ningún burgués, siendo tan ricos! ¿Pensaban que los iban á explotar como primero? ¡quia! ¡ya no había tu tia! aquellos tiempos ya habían pasado.

Revoltijo ya empezaba á reventar. Echaba chispas por todas partes.

En esto, le apretaron las ganas de comer algo de una manera horrosa. El vientre pedía misericordia, y para hacerle callar fué el buen paisano en busca de un Hotel.

¡María Santísima! Todos estaban cerrados.

No señor: ya se habían concluido los hoteles. Siendo los dueños tan

ricos como eran ¿que necesidad tenían de aguantar á ningún huésped?

Echando mas rayos que echa un día de tormenta, volviós el buen hombre á casa. Allí sí que le esperaba la gorda. ¡Su mujer había sido miserablemente muerta y su amadísima hija traidoramente arrebatada de casa!

Revoltijo desmayóse. Cuando volvió en sí no sabía lo que hacía; gritaba, pateaba y desesperábase. Gracias á Dios, algunos vecinos habían cogido al criminal y le llevaban á la cárcel. Cuando le vió D. Homobono sintió que se le subía la sangre á la cabeza. Cerro, los puños, y dirigiéndose al pueblo, prorrumpió:

—¡Un verdugo que le mate! ¡Doy mil duros por un verdugo!

¿Un verdugo? ¡ta, ta, ta! ¡buena estaba aquella gente para verdugos! Con el dinero que tenían ¿para qué ejercer tan aborrible oficio? ¡bueno, bueno, con D. Homobono! Que se contentara con meterle en una cárcel y gracias á Dios y á la Virgen Santísima.

Pero otra: los empleados de tal establecimiento se habían declarado en huelga y todos los presos se habían fugado. Después de ricos á que seguir allí comprometidos? El que quisiera presos que los custodiara él.

Inútil es decir como se puso D. Homobono. Pateó, rabió, gritó. Y viendo la inutilidad de sus barbaridades saltó á moquetes y á zapatazos contra todos los circunstancias al tiempo que...

En este interesante momento, gracias á los gritos de la criada, despertó Don Revoltijo. ¡Qué susto. María Santísima! Pues no había el diablo de hombre saltado de la cama y enprendidola á soplamocos y á puntapiés con la pobre sirvienta que por orden de la señora le llegaba á despertar?

Don Homobono respiró. Era un infeliz en toda la extensión de la palabra. Sentose sobre su lecho á meditar y después de unos minutos, no acertó sino á decir, comprendiendo su meditación:

—¡Gracias á Dios, no somos todos ricos!

El Despampanante

Republicanerías

Pues señor desde que se alborotó el cotarro republicano allá en Madrid, todos los gallos y gallinas de la familia se han creído en el caso de estirar la gaita y lanzar al viento su correspondiente quiquí.

Los de mi tierra se ensayaron en el Circo Francés preparándose para la pelea magna del Potrero; pero, ¡ay! llegó el día, y hubieron de limitarse á lo que en términos de la afición se llama un relajo, por no haber concurrido los bichos que se habían pedido á otras galleiras.

Porque aquí, ya se sabe, no

contamos más que con unos cuantos maletas sin pico ni pluma, y unos tres ó cuatro pollos que aun no se hallan en disposición de saltar á la liza.

Están *sin trabajar*.

Eso sí, cantar cantan que se las jelan. Tanto que la *cantida* se oyó desde Infesto, y contestaron en seguida al ¡Viva Pravia! con un vigoroso ¡viva Piloña!

Y ya está armada en Piloña. Digo, ya está armado «el gran mitin de propaganda republicana» de que nos da cuenta *El Progreso* del día 14.

En el cual mitin ejerció de presidente D. Juan Bautista Sánchez quien después de *cacarear* las bienandanzas que nos han de venir con la República, dijo que ésta «ha de acabar con los dos más formidables (*nao tumbres Piloña*) enemigos que tiene el progreso en España: el clericalismo y el militarismo»

Dijolo Juan, Sánchez redondo.

Y ahora váyale usted á D. Juan con el cuento de que cuando el espíritu del primer *ismo* informaba al segundo fué tan grande esta gallera de España que pudimos levantar el gallo *más allá de non plus ultra*.

Y que cuanto más *anti* nos hacemos, más implumes nos quedamos. Ciertamente que el *ismo* que nos vino á dejar como al gallo de Morón fué el animado del espíritu de don Juan, que parece espíritu de Filigrana.

Pero ¿qué entiende un Juan de estas cosas?

Presentó á Albornoz y dijo de él «que era una esperanza legítima de la Patria y de la República.»

¡D. Juan, por Dios! Eso ya es abusar de la libertad de pensamiento y de la libre emisión de las ideas.

Que Albornoz sea una esperanza de la república, sobre todo después que oímos el último discurso del jefe en el Congreso, pase.

Pero, ¿de la Patria....? ¡Vamos, hombre, eso ya es mucho *emitir*.

Paréceme que es usted demasiado Sánchez. Cree usted que las cosas de la Patria se van á arreglar á trompadas, y juzga de las personas por las apariencias.

Pero no hay que fiarse de ellas, don Juan, que engañan.

Esos dos bichos no sirven más que para topones.

Vea usted lo que dice el Otero. «Los republicanos de Oviedo estaban antes unidos á vosotros por la simpatía; por el cariño.

Sí, sí, simpatía y cariño de pico, mucho, pero dinero ó cosa que lo valga ¡narices!

«El problema agrario sólo puede tener solución en la República, en cuyos programas está bien determinado de qué modo, sin usurparaciones de ningún género, pueden los labradores poseer la tierra que cultivan.»

Conque sí, eh? Y ¿dónde está el secreto? Te veo, Carballeira. Tú crees que todo el campo es Gandía ó que Piloña está en las Batuecas.

Retirate, y que venga Albornoz que no es *marruco* aunque lo parece.

Ya bate el ala, *espurre* el poscuzo, abre el pico, canta y dice: La Monarquía es el privilegio, es la tiranía, es el cesarismo, es la esclavitud, es el despotismo: «la República es Francia salvada del desastre por la paz y por la industria; es Suiza, modelo de pueblos libres; es la gran nación norteamericana...»

Y la Monarquía es Inglaterra, sin un cheling para mandar tocar á un ciego; es Alemania y Bélgica embrutecida la primera con sus latines, filosofías y teologías, y ambas con su industria mezquina; es Holanda...

¿Que esto último no lo dijo Alvarito?

Pero lo digo yo por el gusto de figurar en el número de los grandes genios que hacen depender precisamente de la forma de gobierno, el progreso y la civilización de los pueblos.

Lo que dijo el «pez de espada muy barbado» fué lo siguiente:

«Es preciso instaurar en seguida la República, porque si la juventud continúa entregada á los frailes, nos encontraremos con un pueblo de eunucos...»

Sr. Presidente: Que entreguen sin pérdida de momento ese á los frailes.

Lo pido en nombre del sentido común y de la sínéresis y aun de las jacas republicanas que actuaron en *la valla grande*, cuyo juego pretende imitar este...

Que se lo entreguen en seguida y que lo *eunuquen*

A ver si deja de gallear.

¡Canero!

POR EL PAPA

El próximo jueves, día 30 del actual se celebrarán en esta iglesia parroquial de Pravia solemnes funerales por el eterno descanso del Gran Pontífice León XIII.

Asistirá el clero todo del Arciprestazgo: están invitadas las Autoridades y pronunciará la Oración fúnebre el elocuente P. Gregorio, los Cabos.

A las 10 de la mañana.

PRAVIA—Imprenta del Colegio